



Cátedra impartida en el Colegio de Literatura Dramática y Teatro de la UNAM (primera parte)

FRANCISCO TURÓN

¿Qué función tiene el teatro en la sociedad? ¿Para qué existe? ¿Por qué surgió? ¿Y, si sirve para algo, si es que sirve para algo? Porque podemos descubrir que no sirve para nada y nos hace perder mucho tiempo.

En tal caso mejor me dedico a otro arte u oficio. Por supuesto que este tema podría dar para toda una investigación, y por eso, lo que me gustaría para responder a las preguntas, es tratar de plantear la función del teatro. Una reflexión para definir el papel del teatro en el contexto de su sociedad. ¿Cuál es la postura del teatro en las artes? Primero, vamos a remontarnos a la antropología más arcaica.

El hombre, por alguna razón azarosa, histórica, genética, biológica u orgánica, tiene una característica que lo distingue en relación con cualquier otro animal, que es una capacidad de su cerebro que le permite *imaginar*. En tan sólo dos millones de años el cerebro del *homo habilis* triplicó su tamaño para convertirse en el cerebro del *homo sapiens*. Una de las nuevas estructuras del cerebro es el lóbulo frontal en cuya corteza alojamos un maravilloso simulador de experiencias. El ser humano es el único animal capaz de conocer una experiencia antes de realmente tenerla por simple asociación de ideas. Los actores utilizan esta capacidad constantemente como herramienta de trabajo. En el caso de cualquier niño, desde los tres, hasta los ocho años de edad, es notable que posea una poderosa capacidad para creerse todo el universo que construye con su fantasía. Fácilmente nos convence y acabamos por creer-

le lo que él cree. Esa habilidad de creértela se va diluyendo conforme nos convertimos en adultos. Por eso el actor tiene que trabajar en recuperar esa facultad a través de ejercitar constantemente su mente en una especie de gimnasio de la *imaginación*. Hay que estar conscientes de que no hay ninguna otra inteligencia que tenga la capacidad de *imaginar*, ni siquiera las computadoras. O llueve, o no llueve.

Pero una computadora no puede pensar: ¡Hay qué padre que estuviera lloviendo! Eso exclusivamente lo hace la mente humana. Los antropólogos dicen que la razón de esto no es la inteligencia, ni el toque divino, como de repente lo hemos querido creer, sino la adversidad, lo cual lo hace muy interesante. Resulta que en un momento de la humanidad había dos tipos de primates: unos muy adaptados a su entorno y otros muy poco adaptados. Los que no estaban adaptados no tenían que comer, porque había una gran sequía y lo único que se podía comer eran raíces. Los primates adaptados, tenían unas muelas muy fuertes, y molían las ramas y se las comían, estaban a toda madre en la sabana comiendo ramas. Y los otros eran unos pinchurrientos changos de 1.50mts. de estatura, que pesaban unos 30 kilos y se estaban muriendo de hambre; hasta que por algún accidente, uno de estos changos vio un hueso partido y se dio cuenta que adentro del hueso había una cosa que se podía comer. Entonces los changos, en su idioma chango (la verdad no sé como le hayan hecho), dijeron: hay que romper los huesos y comernos lo de adentro ¿no? ¿Pero cómo lo hacemos? No tenemos las muelas, no tenemos los músculos, no estamos adaptados para hacerlo. Y entonces un chango agarró una piedra, agarró el hueso y le hizo:

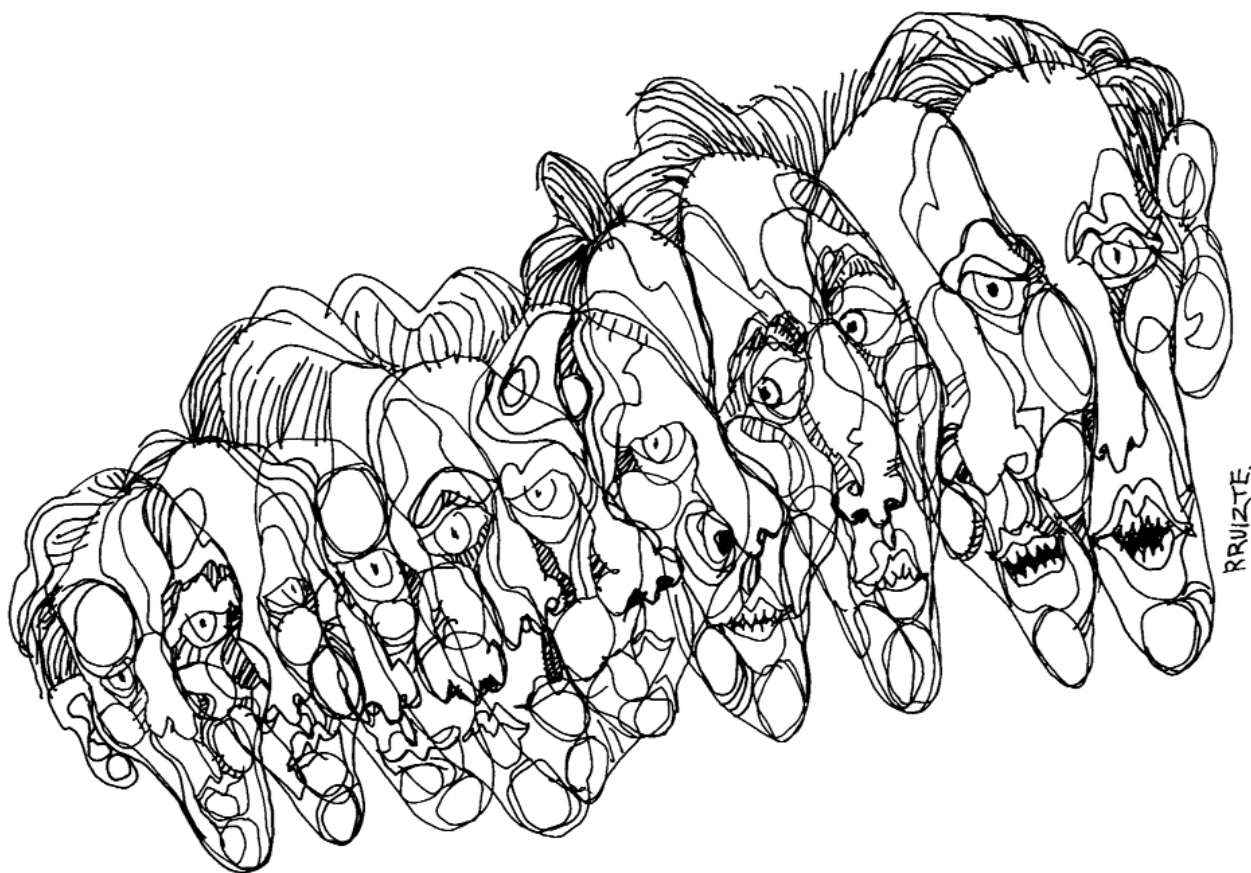
itaz! Y así inventó la primera herramienta. Así sobrevivió. Fue absoluta sobrevivencia. Fue absoluto uso de la imaginación. Eso Stanley Kubrick lo simplifica en una imagen divina: cuando el chango avienta el hueso al aire y dando vueltas se transforma en un trasbordador espacial. Lo que llevó al hombre a la luna es lo mismo que llevó al chango a romper el hueso y comerse lo de adentro. Eso desarrolló la imaginación y derivaría en los fenicios, en los griegos, en el imperio romano, en el renacimiento, en la revolución industrial y en la conquista del espacio. Todo porque un chango no tenía que comer y se le ocurrió inventar la primera herramienta. Esa capacidad de imaginar originada por un problema de instinto de supervivencia, empieza a relacionar al hombre, (que en aquel entonces todavía éramos changos), con su entorno muy distinto, al resto de los animales.

Empezamos a hacer algo que ningún otro animal hace: que es que en lugar de nosotros adaptarnos a nuestro entorno, adaptamos el entorno a nosotros. Cuando hace frío, los patos vuelan a donde hace calor, nosotros en lugar de eso, prendemos una fogata, le quitamos la piel a otro animal y nos tapamos. Adaptamos nuestro entorno a nosotros, hasta que construimos casas, edificios, ciudades, calefacción, etcétera. Este desarrollo de la imaginación lleva al hombre a tener una conciencia superior a la de otros animales. No por ningún toque divino, insisto, es absolutamente científico. Y esa conciencia superior, hace que el ser humano tenga su primera manifestación artística. ¿Cuál creen ustedes que fue la primera manifestación artística? Algunos dirían que la danza, la pintura o el canto. Pero en realidad fue la escultura, y de la manera más sencilla que ustedes puedan imaginar. Los changos que ya tenían piedras para romper huesos, iban caminando y de pronto, el abuelito chango se moría. Entonces llegaban el hijo y el nieto del chango y le hacían: ¡Uuu! ¡Uu! ¡UUU! Que quería decir: ¡Ya se murió el chango, ahí déjenlo! Y seguían caminando. Hasta que un día, uno de estos changos, tuvo un ataque de conciencia superior, y dice: “¡Pero yo quería mucho a mi abuelito chango! ¡Cómo que ya no está! ¡Ahora cómo voy a relacionarme con él?” Pues ya no puedes, ya se murió. ¡No,

yo lo voy a recordar toda la vida! Pues tráetelo. ¡No! ¿Cómo me lo voy a traer? Se va a empezar a podrir y va a oler todo feo. Aquí es donde él se murió, aquí es que se queda. ¿Cómo le hago para saber que aquí se murió mi abuelito chango? ¡Pongo unas piedras encima de otras! Así surge la primera tumba. Y es realmente la primera manifestación artística del ser humano: una tumba para recordar donde se murió alguien. Para recordar que existe una conciencia distinta a la de cualquier animal. Ahora que son famosos los cementerios de ballenas, se dice que además de ellas, los elefantes, los delfines y ciertos tipos de simios, tienen desarrollado un poco esa conciencia. Pero el chiste es que estos humanos precarios, apenas en ciernes, empiezan a enfrentarse a la muerte de una manera distinta, empiezan a integrarla a ellos. ¿Cómo? Pues con una manifestación artística tan simple como poner tres piedras, una encima de otra. Ya no es lo que la naturaleza hizo, sino ya las acomodo yo. Y eso es en la manera más precaria una escultura. Una escultura que es un ritual que conmemora algo: la muerte de alguien a quien yo quería. Es un signo claro de una evolución en la conciencia. De ahí al “Arco del Triunfo”, a “La Capilla Sixtina”, a “La Piedad” de Miguel Ángel, a la llegada del hombre a la luna, es un pasito. Entonces el ser humano empieza a relacionarse, entre otras cosas, con la muerte, de otra manera mucho más abstracta y compleja que la del resto de los animales. Se pregunta otras incógnitas, y eso va desarrollando una parte de nuestro espíritu a diferencia de los otros animales. Por ejemplo: ustedes están con su pareja –hombre, mujer o demonio–, terminan de hacer el amor increíblemente, y de pronto ella empieza a llorar. Tú le dices: “¿Por qué lloras mi amor?” Porque estoy muy contenta de estar contigo, porque estamos felices. ¿Y? Es que un día puede ser que no estemos juntos. ¡Pero estamos juntos! Sí, pero un día ya no. ¿No les ha pasado eso? ¿Ninguno? ¿No? Uno dice: “Un día me voy a morir”. Tal y como nuestros antepasados ante las tumbas de sus abuelitos pensaban: un día también me va a pasar lo mismo y me voy a morir. Se relacionan con su imaginación y surgen otras preguntas que no tienen que ver con su raciocinio nada más. Co-

mienzan a surgir preguntas que tienen que ver con su espíritu. Desarrollan su capacidad de relacionarse con el mundo de manera abstracta. El animal si lo vas a matar se defiende, tiene instinto de supervivencia, pero el animal no se deprime porque un día se va a morir. Tu perro, si te vas de la casa se pone triste, regresas a la casa se pone feliz, te mueve la cola. Pero tu perro, jamás mientras estés jugando con él, de pronto se pone triste, y tu le dices: “¿Qué pasa? ¿Qué tienes perrito?” Un día te vas a ir amo, y estoy triste por lo que va a pasar. Esa capacidad de abstracción, de relacionarse emocionalmente con lo que no ha ocurrido, con lo que imaginamos, desarrolla en el hombre el arte. Relacionamos al mundo con el arte. Revivimos lo que pasó, o podemos reproducir la emoción de lo que va a pasar. Como cuando los changos pintaron las pinturas rupestres: “¡Es que no sabes

qué emoción sentí cuando cacé al Mamut! No, pues yo no la sé porque no estaba ahí. ¡Es que eran así! ¡Me sentía yo, como esa pintura! Porque él estaba muy emocionado de lo que le pasó. El león, no tiene esa capacidad. Va, caza la gacela, se la come y duerme. En cambio el ser humano necesita transmitir la emoción que sintió cuando cazó al Mamut y entonces pinta, o en otros casos, actúa. Se para en la fogata y dice: “¡UUU! ¡AaAaaa! ¡UUAA!” ¡Órale putos! ¡Oh! ¡Sí! Reproduce la emoción. Y entonces los que están viendo dicen: “¿En qué peligro estuvo verdad? Qué bueno que yo no fui porque igual y el Mamut me mata. ¡Qué bueno que fue él!” ¿Me entiendes? Entonces nace el teatro. Empieza verdaderamente el teatro cuando los que no podían salir a cazar el Mamut, porque tenían las patas flacas, estaban débiles, estaban tuertos, tuberculosos, o tenían miedo de



Rruizte

morir en el intento, se reúnen en un espacio determinado para ver cómo el chango les cuenta cómo es cazado el Mamut; y es más, les reproduce con profunda tristeza cómo se sintió cuando se murió uno de los compañeros cazadores. Entonces los que no pudieron ir comparten su tristeza, como si hubieran muerto ellos, o se ponen muy emocionados como si ellos hubieran cazado al Mamut. Se crea en ese momento una necesidad, por ello necesitan ir todos los domingos en la noche (todavía ni existían los domingos), a ver cómo les cuentan la historia de “La Cacería del Mamut”, que es imprescindible porque es muy emocionante, no sólo es entretenido, es divertido. Es un ejercicio de las emociones. Y eso ha existido desde los tiempos inmemorables. ¿Qué pasa hoy en día? Imagínense que llega un cavernícola y dice: “¡Oye fijate que esto de “La Cacería del Mamut”, está muy bueno! Lo voy hacer una empresa, ahora voy a cobrar la entrada y además de todo, sólo voy a presentar las partes que le gustan más al público. Se acabaría la emoción, se acabaría la creatividad se volvería una industria. Y eso es lo que ha pasado: “La Industria del Entretenimiento”, es tan grande, tan poderosa que la creación artística se pierde en medio de sus garras. Pero no hay que tenerle miedo a eso. Es una cosa natural. Y yo creo que si llegan a verte al teatro, trescientas personas o doscientas, y tocas el alma de una, misión cumplida. Por mencionar un caso, a la mayoría del público del teatro escolar verdaderamente les vale madres el teatro. Pero si a dos, o tres, de entre los cientos de alumnos que asisten a una función obligados por su maestro de literatura, les provocas que lloren o rían, o los logras conmover, transformar, concienciar, es por lo que especialmente valió la pena hacer teatro. De esos dos o tres, es probable que uno, llegaba a su casa y abrazaba a su hermano, y así cambiaba su relación con el entorno familiar. Uno de cada función. Por lo general se dan cien funciones por temporada. Si un artista durante ese tiempo cambia positivamente la relación en la vida de cien personas con su núcleo social créanme que se queda bastante satisfecho. Así es y así será. Creo, contrario a lo que creen algunos de mis colegas, y es mi percepción de las cosas, que uno no tiene nin-

guna misión en la vida como teatrero, nosotros no estamos aquí por nada especial, hacemos teatro porque lo necesitamos hacer. Va más allá del gusto. El chango que contaba la historia del Mamut, necesitaba hacerlo y descubrió que había gente que necesitaba escucharlo; no toda la tribu, hubo a unos a los que les importaba un comino y preferían hacer cochinas con su cavernícola. Pero a algunos sí les gustaba y mientras encontremos un poco de resonancia, de eco, estamos en el lugar adecuado. Lo que pasa es que existe toda una parafernalia que hay que ir haciendo a un lado. No creo que sea tan grave. Esto que les menciono acerca de los changos y la imaginación no es más que creatividad, todavía no es considerado arte. El arte es otra onda. Así como este chango que por primera vez, a diferencia de todos los otros changos de su tribu, sintió la necesidad de marcar con unas piedras como un precario monumento en el lugar donde su abuelo había muerto, es porque tuvo una conciencia superior. En ese momento pensó distinto que los demás, vio al mundo de una manera diferente y llamó la atención de los otros cuando les dijo: “Todos nos vamos a morir”. Cambió la conciencia de su sociedad. Para mí eso es lo que un artista es. Un artista es alguien que tiene una conciencia superior que ve el mundo desde otro punto de vista y tiene la capacidad de mostrarlo. ¿Cuál es la función del arte a final de cuentas?

Que nosotros sepamos algo de la vida que no sabíamos o que recordemos algo que ya habíamos olvidado. Podemos sacar ahorita una hoja de papel en blanco y pedir que con toda su creatividad puesta dibujen un árbol. Y todos pueden dibujar un árbol. Uno de ustedes va a dibujar un árbol, que cuando nosotros veamos ese árbol –y no todos– tal vez sólo una parte digamos: ese árbol me ha enseñado algo de los árboles que yo desconocía. Además cuando tú lo ves como espectador sufres una especie de epifanía, una revelación, dices: “¡Esto es un árbol!” No le había entendido nunca hasta que vi cómo lo dibujaste. ¿Qué hiciste? Y el que lo dibujó dice: “¡Lo dibujé!” ¿Por qué ves así los árboles? No sé. ¿No son así? Sí, pero no lo sabía hasta ahora. Eso es una pista. 🐻

Confesiones de dos máscaras

ALEJANDRO ALVARADO

El histrionismo aflora en el escenario y la impostación de la voz se escucha con claridad y potencia. Un hombre encarna a otro, se desprende de sí mismo para darle forma y crear un personaje. Es el actor que se impone el reto de la representación. Para él, ¿hasta dónde es importante que se reconozca su trabajo? ¿Cuál es la diferencia entre un protagonista de teatro, uno de cine y uno de televisión? ¿Rivalizan entre ellos? Dos mujeres que han incurrido en ambos géneros, Julieta Egurrola y Laura de Ita, nos platican cómo perciben la sensibilidad, el desarrollo continuo de los sentidos y la capacidad excepcional de observarse a sí mismas y a los demás con una insaciable curiosidad humana.

Hay un gusto y un placer por estar frente a otros, por ser visto y escuchado. Desde el principio de la historia cuando alguien se paraba frente a las personas y experimentaba una sensación, era agradable y satisfactoria, supone Julieta Egurrola y aclara “aunque creo también que cada uno persigue un grado diferente de reconocimiento. Pero soy de la idea de que un actor sí necesita, le gusta y le es necesario el reconocimiento. Si no fuera así no se exhibiría. Ahora bien, vivir para conseguirlo, solamente buscarlo, es equivocado. El reconocimiento es como una consecuencia del esfuerzo. Para mí no es el objetivo principal de mi profesión, va implícito en éste. Pero significa que se valora mi talento”.

Para interpretar no es importante si el actor es reconocido o no. Es importante para el medio si se quiere

vivir del oficio. Hay personajes que no se los dan a un desconocido, señala Laura de Ita. El reconocimiento es significativo para distintos fines “pero no por mucho que se acumule se es mejor. La actuación es ir adquiriendo un estatus. Puedo ejemplificar con un padre que desea una casa para sus hijos: necesita pagar por ella antes de adquirirla. En la vida se deben realizar múltiples esfuerzos para lograr los objetivos que la persona se traza. El actor puede memorizar el texto, buscar las emociones y presentarse, un sólo día, en el kiosco de coyoacán y realizar un gran trabajo”.

Sin embargo, muchos actores tienen el ego tan disparado, señala Laura, que necesitan aprobación. “Considero que, más que por vanidad, esto sucede por su inseguridad. Se actúa para el público, para ser observado y provocar eco en quienes ven la escena. Buscar la aprobación se convierte en el pan de cada día, porque los actores nos cotizamos más si el director reconoce nuestro trabajo o lo admira el público. Es una constante búsqueda de admiración que desgasta.

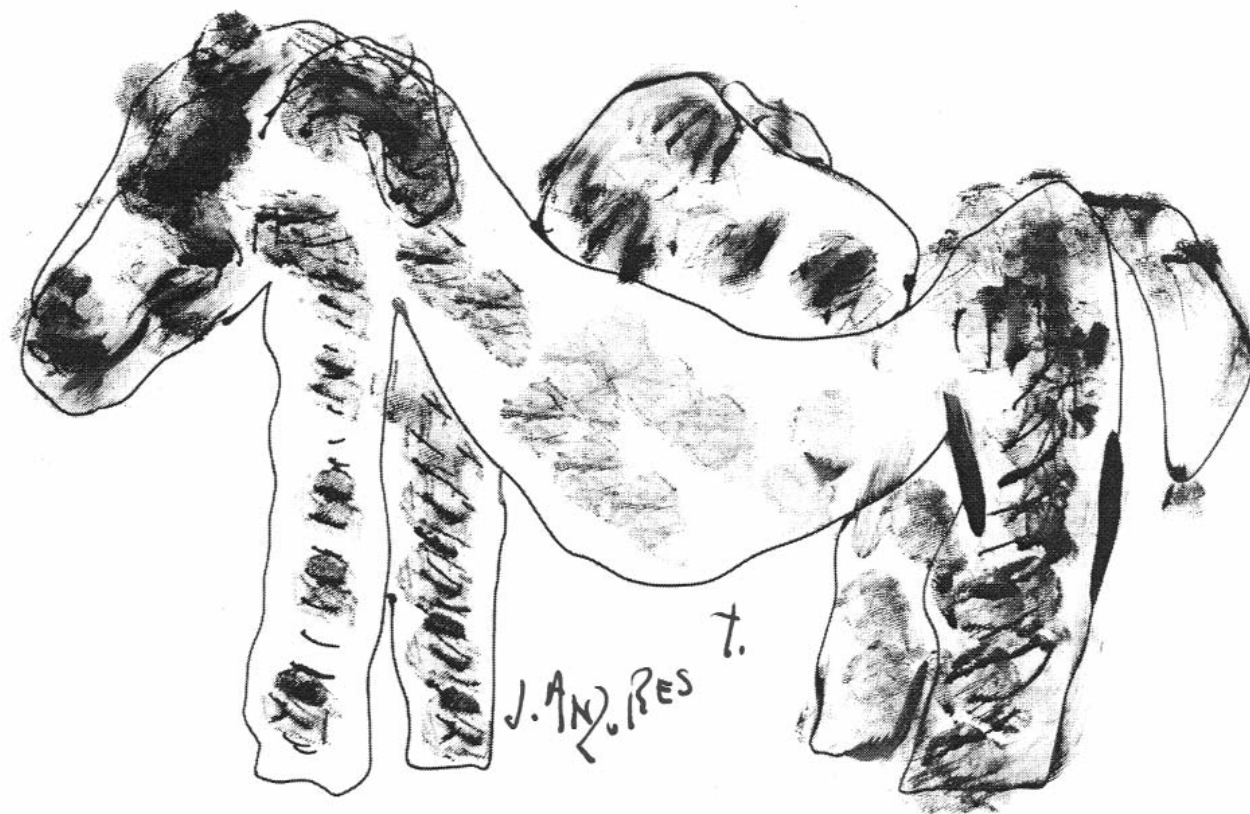
“Cada uno tiene, además, su propia personalidad. A algunos, con esta nueva moda de las alfombras rojas, lo que más le interesa es pasar por ellas, asistir a la premier, tomarse la fotografía para los periódicos de espectáculos; los cuales, por cierto, ya se han vuelto entre TV Notas y *entertainment*. En el medio, por supuesto, sí hay una obsesión por integrarse a la moda. Aunque, después de todo, es una negociación. Si salir en la foto, bien arregladita, va a ayudarlo a la actriz para que autoricen una idea que se está proponiendo, acepta. Se puede decir que lo que le preocupa e interesa, sin que el pro-

tocolo sea una hora de vanidad y de *strapless* y de foto mona, es un juego. Yo me burlo un poco de todo esto. Es absurdo, es frívolo, es chistoso. Debe existir un equilibrio entre vanidad, ego y aprobación. Me doy cuenta que una gran cantidad de actores juegan con máscaras viendo cómo logran sobrevivir en el ambiente artístico.

Para un actor lo más importante es la superación, establece Julieta Egurrola. En su caso, revela, se preocupa porque la profesión le permita incidir socialmente, “aportar con base en mis convicciones y creencias. Ayudar y, sobre todo seguir y seguir... Tengo cerca de 30 años de ser actriz y he descubierto que siempre hay algo nuevo; la sorpresa continua ha ocasionado que siga disfrutando enormemente la actuación. Me gustaría seguir actuando, sobre todo en teatro”.

—¿Cuál es la diferencia entre un actor de cine y uno de teatro?

—Hace años en este país los actores se diferenciaban notoriamente en grupos: los de televisión, los de teatro y los de cine; era como un poquito más claro poder reconocer el grupo al que pertenecían. En este momento aún se pinta esa raya: de aquí para acá siguen estando los de este medio, pero ahora se nota menos porque muchos de ellos incursionan en diferentes géneros. El cine es la eternidad, es decir, el trabajo del actor queda grabado para siempre en la cinta, esto señalándolo en el sentido egocéntrico, pero traspasa. Porque nosotros vivimos del arte efímero. El teatro es un arte efímero, es absolutamente presente; es hoy, la función de hoy, y los que estuvimos presentes y actuamos hoy. No hay repetición alguna. El cine, además de la posteridad, te da la posibilidad de verte”.



Javier Anzures

“Por lo regular como actor no tienes esa posibilidad. En televisión puedes hacerlo pero generalmente, ya como se hacen ahora las telenovelas, como que no puedes estar viéndote, estrictamente. En el momento en que lo haces es para revisar una serie de cosas a las que, en realidad, uno no se puede adentrar actoralmente hablando. Te fijas en todo un derredor pero no en la esencia. Y en cine tienes sólo la posibilidad al final, puesto que una vez que hiciste tu parte todavía sigue todo el proceso de post-producción: el actor ya contribuyó con su actuación. Y si te dan chance, cuando la película está terminada, resulta algo novedoso la posibilidad de poder verse.

Laura de Ita destaca la importancia de ejecutar el teatro en vivo: “El actor aprende a templarse en teatro por su relación tan cercana al público”, nos explica. “Adquiere mayor seguridad, más confianza para expresar los diálogos corporales o verbales. En el momento en que está frente al público, en cine como en teatro, si no hay confianza a la hora de ejecutar y, si no hay una claridad, se pierde el trabajo. Es algo que se nota más en teatro porque en este género no hay más recursos. Al ejercer el trabajo teatral el músculo creativo sí se va fortaleciendo y el actor sí va adquiriendo más confianza y puede presentarse en otro escenario con más experiencia”.

—Sin embargo, como que están muy demeritados los programas de televisión y los actores que participan en ellos. ¿Por qué crees tú que ocurre esto?

—Quisiera yo saber porqué. Luego todo está en mano de *focus group*, extraños. Como hay tanto prejuicio, todo es cuestionable: Estos *focus group* determinan qué actor, de televisión o de cine, es bueno o malo. No hay apertura para que pueda actuar en todos los géneros y, poco a poco, el actor se vaya encontrando, y no viva temeroso de que lo vayan a encasillar. No obstante, es necesario experimentar. El camino de cada uno de nosotros es diferente, Hay quienes gozan de un éxito impresionante y ya no están en el dilema de si van a fil-

mar una telenovela, con Azteca o con Televisa, o si les corresponde ahora contratarse para una película y luego regresar a la televisión. Hay quienes han adquirido el rango de filmar puras telenovelas. Es el oficio de cada uno, y yo creo que, lamentablemente, es el actor el que permite que se le encasille.

Las posibilidades de ser creativo, tanto en cine como en teatro, son innumerables para un actor, establece Julieta Egurrola. En cualquier actuación existe la posibilidad de serlo, sin estar subordinados a la creatividad del director: “En el proceso de ensayos, los actores aportamos y vamos encontrando el conjunto. El resultado es la suma de lo que pone cada uno de nosotros. En cine, yo he trabajado en películas con directores que no tienen mucha idea y las cosas salen bien. Es decir, es un trabajo de conjunto.”

Comenta que existe la idea de que el director puede ser un dictador porque en ocasiones pide una escena de determinada manera. La pide pero el actor es quien interpreta. “No soy títere. El director no me maneja; me propone, me dice y yo soy la que lleva a cabo. Entonces, sí tengo posibilidad de crear”.

Es fundamental para un actor que le ofrezcan los personajes que le quedan a su rango, porque aunque crea que puede representar todos los papeles, e hipotéticamente así debe ser, hay personajes que no son su perfil”, reconoce Laura de Ita y establece: “el trabajo del actor sobresale cuando representa personajes que se amoldan mejor a él. Siempre debe esforzarse por encontrar el personaje adecuado, porque, luego, quiere interpretar los que nomás no le funcionan. No existe una verdad exclusiva para definir la actuación. El máximo valor de un actor es su autenticidad. A mí, me interesa que mis personajes y actuaciones se compenetren en la problemática social para poder transmitir un mensaje favorable. Para que de algo sirva actuar. Además, —guiñe un ojo con coquetería— para salir guapa en la serie”. 🍷